

Ni por los cinco sentidos. ¿Armiños? Un susto. ¿Pelicanos? Una fábula.

Pero como compensación, citan á la orden del día los *titis* y las *titinas*, los microbios y las microbías, los lobos de montaña y los lobos de mar.

Abundan las tintorerías, sin estar en razón directa de los progresos de los estampados.

Tal *regresión* al estado primitivo es verdaderamente alarmante.

Machos y hembras antropomorfos (en castellano, *de forma humana*) obedecen cada vez mas irresistiblemente al viejo refrán de que *la cabra tira al monte*.

Verdad es que si el refrán se cumpliera al pié de la letra ¡pobres lugares, villas y ciudades!

Darwin descuidó, pues, un gran elemento en su *mono teorema*.

No sabía bastante psicología, ni había viajado mas que por islas de salvajes.

No vió las ciudades, villas, y aldeas civilizadas.

Esto decía la *Lügnerische Zeitung*, traducido fiel y concienzudamente.

ALFREDO OPISSO.

AMOROSA

CADA home porta una historia
 Oculta dintre 'l seu cor,
 Cada fulla té una fetxa,
 Cada fetxa porta un nom.
 Aqueix llibre de memórias
 L' ataut tanca de cop.
 Terra amunt y terra á sota
 Vé l' olvit y 's torna pols.
 ¡Cuánta historia misteriosa,
 Cuánta novela d' amor
 Sabriam en eixa vida
 Si pogués parlar la mort!

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.

INFLUENCIA DE LA INDUSTRIA EN LA CIVILIZACIÓN

(Continuación)

ESCUSADO es decir lo que Cataluña y su insigne capital Barcelona representan en la esfera industrial: emporio viene siendo desde antiquísimos tiempos de la navegación, del comercio y de la industria de España y hoy sigue conservando y nadie le disputa esa superioridad. Son le-

gendarias y parecen increíbles las empresas sostenidas por Cataluña en defensa de sus fueros y libertades y la tenaz energía é incontrastable valor de que siempre dió pruebas gloriosísimas. Pues así en Castilla, como en Valencia, como en Cataluña, la parte principal de esa gloria corresponde al pueblo industrial y comerciante, que, á su mayor ilustración y amor á los fueros de las ciudades, reunía mayor suma también de personal apto y de recursos disponibles.

Destino fatal presidió la suerte de nuestra patria al advenimiento de la dinastía austriaca. Enemiga por temperamento y tradición de las instituciones populares, apoyada por la nobleza que dejeneró en servidumbre de los reyes, atenta principalmente á cuestiones estrañas á los intereses de nuestra nación, la empeñó en las guerras religiosas y, entre estas, las crueldades y terrores de la inquisición, el estancamiento en el orden intelectual y los absurdos económicos, en menos de dos siglos, la nación de inmensa vitalidad, llamada á ser la primera de Europa, entregada á reyes fanáticos, crapulosos ó imbéciles, decayó tanto que vino á ser ludibrio de extranjeros ambiciosos que se disputaron el derecho de dominarlas.

En vano descubrimos y conquistamos América é inútil fué trasladar á la corte los abundosos filones de oro y plata que las cordilleras de Mejico y el Perú encerraban en sus entrañas: nada podía bastar al espantoso derroche que exigían aquellas insensatas é inacabables guerras, sostenidas contra una gran parte de Europa, ni á satisfacer los caprichos de los monarcas y la avaricia de los favoritos; y menos aun podían suplir la decadencia industrial y el vacío en la producción que orijinaron los errores económicos políticos y sociales tan abundantes en aquella época: que la verdadera riqueza de las naciones no consiste en los metales preciosos sino en la fuerza productiva y en la actividad del trabajo.

No obstante los grandes obstáculos que el desarrollo de las doctrinas filosóficas, políticas y sociales y á todos los medios de civilización y de progreso oponían las monarquías en Europa en la época á que nos referimos, fué tal el impulso dado á la propagación de los conocimientos humanos por el descubrimiento de la imprenta, realizado por el inmortal artesano Guttemberg, en tal grado desarrolló la actividad intelectual y tanto facilitó la generalización de los conocimientos que creciendo en constante progreso el espíritu filosófico y las aspiraciones políticas y sociales, presenció el mundo asombrado la explosión formidable de ese volcán de ideas que se llama Revolución francesa, acontecimiento colosal, no fortuito sino preparado de larga fecha. A la in-

humana condición del siervo, á los derechos de horca y cuchillo de los señores feudales, el desprecio á los plebeyos, y al despotismo de los reyes debía responder y respondió la justa providencia de la historia con la declaración de los derechos del hombre y la abolición de todos los privilegios.

Fueron en su tiempo, como hemos indicado de grandísima importancia las corporaciones gremiales de artes y oficios, porque en aquella época de violencia, la asociación, la reglamentación y solidaridad se imponían con una necesidad perentoria de la defensa del trabajo, de los trabajadores y de los intereses más vitales de las poblaciones; pero así que los derechos del hombre fueron proclamados y que se consideró al individuo en la plena disposición de su personalidad, fueron abolidas las corporaciones declarándose la completa libertad del trabajo y del trabajador sin que la autoridad hubiera de intervenir en la dirección de las industrias, pudiendo cada cual ejercer lo que más le conviniera, y adoptar para los productos la forma y materia que mejor le pareciese. Sería menester haber vivido en aquel tiempo, ó por mejor decir, haber experimentado el largo aprendizaje, los trámites, los exámenes, los gastos y las dificultades que había que sufrir antes de obtener, cuando se obtenía, la categoría de maestro y la facultad de poner taller ó tienda y vender los productos, para comprender bien el júbilo con que fué recibida esa memorabilísima disposición.

Como en todas las innovaciones que encarnan profundamente en la sociedad, aunque sean verdaderamente fecundas en consecuencias favorables, en esta ha habido también momentos de reacción. Exijía el nuevo régimen costumbres diferentes y es sabido cuán difícil es cambiar esa segunda naturaleza que se llama hábito ó rutina, sobre todo contando siglos de duración. En el fondo el socialismo no es más que una reacción contra la libertad del trabajo, y es fácil comprender este movimiento comparando la manera de ser industrial del antiguo régimen con la que resulta, como consecuencia precisa, de la ley revolucionaria y progresiva.

Bajo el régimen antiguo todos los detalles de la industria estaban arreglados por una tradición cuidadosamente transmitida ó por reglamentos obligatorios. Los procedimientos ó maneras de los trabajos ó no cambiaban nunca ó con muchas dificultades y muy lentamente.

La condición de las personas ocupadas en la industria no estaba menos definida y reglamentada que los procedimientos de la fabricación. El número de los admisibles en cada oficio era fijado por la corporación de maestros: los salarios y

condiciones del trabajo casi invariables: se exigía de los oficiales para con los maestros un respeto, más bien una sumisión de que es hoy difícil formarse idea: había en esto algo de protector y protegido ó de tular y de pupilo. En tal situación, encerrado el individuo dentro de condiciones personales, sociales, é industriales prefijadas, apenas tenía que preocuparse del porvenir toda vez que los obstáculos imprevistos eran casi imposibles dentro de aquel organismo de privilegio y reglamentación á que se hallaba sujeta la industria. Era el cuidado principalísimo de las corporaciones defender estos privilegios, impedir que nadie, no autorizado, se ocupase de su arte, conservar el rango é importancia del gremio respectivo, y aumentar, si era posible su gerarquía entre los demás.

Una vez abdicada la independencia personal, ese régimen debía ser bastante cómodo y no hay que extrañar que se hayan ideado sistemas para remplazarle en cuanto fuera posible y aun para agravarle; pero, como todo lo que hiere la dignidad del hombre y la justicia, cuando llega la hora de ser derrocado, cae mortalmente herido, esa situación de privilegio y de monopolio, ya se disfrace con el nombre de socialismo, ya sea cualquiera otra la forma que adopte, no ha vuelto ni volverá á tener existencia en las naciones á quienes anima la idea del progreso.

Desde el momento en que prevalece la libertad del trabajo y del trabajador, suscitase creadora actividad, cada cual procura sacar todo el partido posible de sus conocimientos y de su habilidad, introduciendo modificaciones en los métodos de la obra y en la forma de los productos y promoviendo el consumo para variadísimos medios. En esta lucha unos obtienen grandes resultados al paso que otros experimentan pérdidas y tal vez llega el caso de tener que cerrar los talleres y despedir los obreros. Esto origina el consiguiente disgusto y sufrimientos no poco sensibles, pero esos inconvenientes están dentro de las eventualidades naturales del movimiento económico; son deplorables pero no contra derecho; son los riesgos que corre el hombre que ha salido de la tutela y obra como tal y no como niño inesperto. La libertad es un don precioso que significa responsabilidad y aun despues de los contratiempos que el hombre experimenta obrando en esa esfera, queda á salvo su dignidad y en ella encuentra los más poderosos resortes para redoblar su energía y obtener el premio de su constancia y laboriosidad con satisfacción purísima de su espíritu porque nada le es al hombre más grato que lo que se debe á sí mismo.

PEDRO PEREZ.

(Se concluirá.)